

## LOS SECRETOS DEL SILENCIO

- ¡También es verdad que las extraño! - se dijo mientras notaba cómo sus zapatos de taco reflejaban el esplendor de la mañana a cada paso -. Sé que no va a ser un momento de placer, que me va a recordar episodios que siempre había evitado revivir y que con toda seguridad querré volver a olvidarlos inmediatamente. Me alegra, sin embargo, la idea de verlas de nuevo aun cuando solo sea en fotografías. Las extraño bastante y el horror por el que pasaron me hace quererlas más.

El edificio había quedado listo solo después de meses. Las fotografías se restauraron con anticipación. Todo se preparó con gran cuidado y mucho respeto. Aparte de las fotos, también se incluía una colección de objetos relacionados con ellas. Había una postal de alguna madre en remordimiento que probablemente causó aún más daño que alivio pero que, sin embargo, fue atesorada como algo invaluable. Se encontraron también algunas cartas desgarradoras que recibieron los tratamientos resucitantes de un laboratorio químico que las limpiaron de todo menos de la desolación que les impregnaba. A la colección se añadieron otros elementos que pudieron pertenecer a todas y a ninguna en particular, como una pequeña almohada, un calcetín de lana, una cucharita de mango avejentado y todavía algo naranja. Todo lo que se pudo recobrar y que tuviera alguna posibilidad de pertenecer a las niñas abusadas en ese orfanato, fueron objeto de

cuidados que sus dueñas no tuvieron. En especial, cualquier cosa que pudiera haber tenido relación con Mary, la primera que tuvo la valentía de romper el silencio. Había entre las cosas, ahora atesoradas, una pelotita de caucho, de color rojo, que tardaba en cesar de dar botes. Excepto por haber empa-lidecido, se encontraba en perfecto estado tal vez debido a que le fue confiscada a alguna niña al momento de su ingreso. Había también dos muñecas semicalvas pero era muy improbable que hubiesen sido usadas por las huérfanas.

- Ahí está la puerta - pensó - Es como si fuese ayer. Nos dejaron afuera por unos momentos. Las tres nos abrazamos. Así permanecemos, la una contra la otra. Estábamos aterradas. Éramos muy pequeñas. No podíamos saber que ese era el último abrazo entre nosotras. Después, nos llevaron a un cuarto y nos dieron las ropas del orfanato. A mis hermanas, June y Daphne, les cortaron el pelo hasta dejarlo muy reducido. Luego, lavaron sus cabezas con querosén.

Cuando entró al edificio, la apariencia rejuvenecida del ambiente le sorprendió. No recordaba haber visto las paredes tan blancas, sin manchas verdosas o amarillentas salpicando la pintura marfil. Las gradas también habían sido revividas con madera nueva, oscura y brillante. El orfanato, que ahora resplandecía, antes fue tenebroso.

Después de tomar una guía impresa de la exposición, averiguó dónde se encontraba la sala dedicada a las fotografías y se dirigió allí directamente.

La sala era mediana, bien iluminada. Las fotografías colgaban como hojas secas; cobrizas, ambarinas, cerosas ventanas al pasado.

Lanzó un suspiro. Su corazón se estremeció y sus ojos inmediatamente se humedecieron.

¡Ahí están! - pensó, mirando la primera foto - Creo que están todas, aunque las últimas están desenfocadas y no puedo reconocerlas del todo. Ella es Anna, Gloria, Olivia, Charlotte...

Creo que esa es Mia y la siguiente parece Chloe. La fila se extiende hacia atrás y su segunda mitad se encuentra borrosa. Así nos formaban antes de entrar al comedor. Tomando distancia, decían. Una tras la otra, con los brazos extendidos, las manos sobre los hombros de quien estaba adelante. Y teníamos que estar muy derechas. La hermana Nora pasaba a lo largo de la fila; la que no estaba perfectamente alineada recibía un golpe de su vara. Y como era la misma monja la que se imaginaba la línea, todas terminábamos golpeadas. De cualquier manera, nos golpeaban con varas o correas por las razones más triviales, como por hablar en el dormitorio o por no pararse derecho.

Esta otra... - pensó frente a la siguiente foto - ¡Ah! Es la hermana Isabelle ajustando el uniforme a alguien que no reconozco. Ese era el uniforme que usaban antes. Era casi negro y se cerraba por atrás. Sobre este uniforme, venía un delantal blanco que también se ajustaba en la espalda haciendo un lazo con las tiras de la cintura. Los zapatos sí que son los mismos que nosotras usábamos. Eran feos. Eran como botines. Y eran duros. Y nos herían.

¡Los zapatos! ¡Cómo nos preocupaban los zapatos! En realidad, todo era motivo de castigo. La monjas nos daban de correazos por no tender la cama perfectamente, porque nuestros zapatos no brillaban lo suficiente, porque nuestras tareas no habían sido ejecutadas impecablemente, porque nuestros armarios estaban descuidados, porque íbamos demasiado rápido, porque íbamos demasiado lento... en fin. Parecía que las monjas querían darnos de correazos simplemente porque estábamos ahí. Conocí a Mary precisamente cuando la encerraron en la caja de zapatos por primera vez. Una monja la había oído quejándose de sus tareas. Era una caja de madera de aproximadamente un metro de largo por medio metro de ancho y otro medio metro de altura. Sentaron a otra niña en la tapa por una hora para que Mary no pudiera salir. Recuerdo que quise entretenerla, de alguna manera.

Este es el pasillo que llevaba a las gradas centrales. - se dijo después de moverse a su derecha para ver otra fotografía - ¡Sí, claro! Los dormitorios estaban ubicados a los costados de las gradas, y este pasillo era el de la izquierda pues el otro terminaba en los cuartos de costura. Aquí, en esta foto, parece mejor de lo que era. Seguramente, porque usaron flash. Era mucho más lúgubre de lo que se ve aquí. Y es que solo había dos focos en ambos extremos de los pasillos. Las gradas tenían sus propios focos pero estos se apagaban cuando todos ya estaban en la cama y entonces sí que era oscuro. Incluso de día, seguía sombrío. Las paredes eran bastante altas. A un lado del pasillo, se levantaban alargados ventanales que comenzaban a media altura de la pared. Los vidrios estaban recubiertos por alguna clase de papel verdoso. De la mitad hacia abajo, la capa de pintura café pastel estaba despellejada por aquí y allá, descubriendo un antecesor verde oliva. El piso de madera aparece aquí pintado de gris, pero a los costados ya se puede observar cómo se le levantaba el sarpullido que le sigue a la humedad. Los pasillos daban miedo. Caminar por allí de noche era espeluznante. Nunca, sin embargo, sucedió nada terrorífico que no pudiera haber sido atribuido a las monjas. Nada del más allá, quiero decir. Bueno,... como en todo edificio viejo, las tablas crujían. Había noches que alguna niña creía escuchar pasos. En una o dos ocasiones, se dijo que se oyó como si alguien estuviese jugando. La única que decía que allí había fantasmas era Mary.

¡El dormitorio! - se dijo, mirando otra fotografía - Las camas de metal sin ningún adorno como no fuese las esferas que coronaba las cuatro patas. Dos filas de camas se enfrentaban a un lado y a otro de un salón longitudinal. Entre las filas había menos del ancho de una cama y entre cama y cama, no había espacio más que para acostarse. No había veladores, por supuesto. Tampoco usábamos sandalias. Algunas, dormíamos sin medias. Era un lugar bastante gélido pero era nuestro sitio

de descanso. Más que eso, el espacio bajo de las cobijas se sentía como lo único nuestro. A pesar de que el frío molestaba sobre todo en los pies, bajo las cobijas había algo manso y abrigado; algo que era nuestro aliado. Estaba prohibido hablar. Resultaba extrañamente placentero compartir el silencio con las niñas de ambos lados. Antes de dormirnos de verdad, nos gustaba sentirnos la una al lado de la otra, en la obscuridad, en secreto, con los ojos abiertos, mirándonos en complicidad hasta que nos llegara el sueño. En el sueño, sí que éramos libres y éramos felices. Aunque, algunas como Mary, tenían pesadillas frecuentes y eran infelices ahí también. De vez en cuando, nos atrevíamos a conversar muy bajito. Nos gustaba. ¡Ah... pero si te pillaba una monja!... te daban con la correa o con la vara. Tenían varas al alcance de sus manos. También habían varas favoritas de una u otra monja. Nos despertaban muy por la mañana. A partir de las 6 AM, la hermana Isabelle, con su propia vara, “ponía en orden” a todas las niñas que habían mojado la cama. Las flagelaba primero y después las envolvía en sus propias sábanas. Usualmente, Mary estaba dentro de ese grupo. Ella era forzada a mantenerse de pie sobre una línea con las sábanas húmedas alrededor de su cabeza. Luego, tenía que lavar las telas en agua fría. Mary tenía solo 7 años y apenas alcanzaba al fregadero. Sentía terror de mojar sus calzones cuando la hermana le llamaba para pegarle con la correa por “jugar consigo misma” y ser una “niña sucia”. La mayoría de las veces, Mary mojaba sus calzones del miedo y eso inducía a más correazos. Una vez, Mary fue obligada a permanecer boca abajo sobre su cama para ser flagelada hasta que la Hermana Isabelle quedó exhausta. Sus heridas eran profundas. Desde su espalda a sus pies, todo se le hinchó considerablemente. Estaba tan mal que llamaron al médico para tratar sus heridas. Mary tuvo que permanecer en cama por varios días con un camisón cubriendo sus lesiones. No sé qué me horrorizó más: la crueldad de la monja; el que Mary

no recibiera comida durante su estancia en el dormitorio; o que el médico no revelara lo que pasaba dentro del orfanato.

Aquí están las gradas centrales - pensó al contemplar otra foto -. Aquí, una monja encontró a Mary caminando dormida. Debido a su miedo a no poder completar sus tareas antes de que comenzaran las clases, Mary intentaba limpiar las gradas en su sueños. Limpiar las gradas era una de las tareas a su cargo. Todas teníamos tareas. Había tantos rincones en el edificio que a nadie le faltaba trabajo. Sus tareas incluían el limpiar las tiras de metal de las gradas con un punzón de acero. También estaba el encerar y abrillantar los pisos de la capilla y del dormitorio. Siempre estaba hambrienta, buscando algo de comida entre los deshechos. No había tampoco juguetes con qué jugar; solo había el zurcir calcetines, escribir oraciones y hacer las tareas.

Alguna vez - recordó -, Mary dio una versión diferente de lo que pasó en las gradas. Decía que, por la noche, cuando todas dormían, venía su amiga a buscarla y la despertaba con mucho cuidado para no alarmar a nadie. Su amiga - decía Mary - hacía que desapareciera todo lo malo que había ahí. Desaparecía el miedo, el colchón, el frío, el palo con que le golpeaban y que colgaba de la pared. Desaparecían las monjas que dormían con un ojo abierto para castigarlas al menor ruido. Desaparecían ellas y desaparecía todo, incluso las demás niñas. Todo se esfumaba. Desaparecía la obscuridad, todo era blanco, oloroso y brillante. La luz entraba por los grandes ventanales y su calor se difundía abrigando todo. Y ellas podían caminar por el dormitorio sin que nadie se les opusiera. Su amiga la conducía por los pasillos desiertos. Y eran libres y eran felices. Y vagaban por el edificio de la mano. Muchas veces, Mary se dormía en brazos de su amiga y su amiga cuidaba de su sueño, abrazándola con amor hasta el otro día. La noche en que la encontraron en las gradas, estaba con su amiga precisamente, pero fueron sorprendidas. Su amiga le

prometió asegurarse que nunca volvería a ocurrir. Decía que su amiga le hacía compañía cuando la encerraban y, si se concentraba lo suficiente, podía hacer que su amiga aparezca y consiga parar las golpizas.

Se acercó a la siguiente fotografía.

¡Ahí está Mary! Es la hora de la cena. Está algo oscura; seguramente porque de por sí el comedor era oscuro. Ahí está también Olivia, Anna y Chloe. Mary está entre ellas. Todas, excepto Mary, están comiendo. Mmmmm... ¡Qué extraño! La longitud de la mesa cruza la foto de lado a lado y es como si hubiese sido tomada desde un ángulo, desde arriba. No recuerdo que hubiese habido nada allí más que la pared. ¡Qué raro! ¡Mary parece estar mirándome directamente a los ojos!

- ¡Ah, ah! - exclamó burlona la niña sentada a tres puestos a la derecha de Mary - Esa es la cara que pone cuando está viendo fantasmas. Dice que casi siempre se duerme abrazada de un fantasma pero que otras noches juegan hasta al amanecer con dos muñecas semicalvas y una pelotita roja.

*“Mis recuerdos de Goodwood son de crueldad, miseria, lágrimas y monjas sádicas a cargo de mí. Mis golpizas casi a diario, los azotes en las manos y las piernas, muchas veces mientras estaba postrada en la cama, ha dejado cicatrices traumáticas conmigo para toda la vida”*

*- Mary.*